

La Selva y la Lluvia

La selva y la lluvia

Enrique Santos Molano

Recibido: 26 de julio 2013. Aprobado: 20 de Agosto de 2013

Resumen

Fundada en 1931, la *Editorial Progreso*, de Moscú, se estableció para publicar “en idiomas extranjeros”, es decir, diferentes al ruso, obras de autores soviéticos o de escritores progresistas, aunque no fueran soviéticos ni estuvieran adscritos a la ideología comunista. Los libros de *Editorial Progreso* abarcan todos los temas. Política, ensayo, narrativa, historia, ciencias, etc. En español se editaron más de dos mil títulos entre 1931 y 1986. El único escritor colombiano que figura en ellos es Arnoldo Palacios, con su novela *La Selva y la Lluvia* (1958) de la cual se ocupa este ensayo, resaltando la importancia de esta obra silenciada durante tantos años.

Palabras clave: Arnoldo Palacios; *La selva y la lluvia*; Novela colombiana.

Abstract

Founded in 1931, the Progress Publisher, Moscow, was established to publish "foreign language", that is, other than Russian, works of Soviet authors or progressive writers, even if they were not attached to Soviet or communist ideology. Editorial Progreso books cover all the topics. Politics, essay, fiction, history, science, etc. In Spanish over two thousand titles between 1931 and 1986 were published. Colombian writer Unique contained in them is Arnoldo Palacios, with his novel *The Jungle and the Rain* (1958) from which this essay is concerned, highlighting the importance of this work silenced for so many years.

Keywords: Arnoldo Palacios; *La selva y la lluvia*; Colombian novel.

Después de publicada su impactante novela anterior, *Las Estrellas son negras*, (1949) por la editorial bogotana Iqueima, de Clemente Airó, Arnoldo Palacios se fue a Europa con una beca para estudiar idiomas en París, y con otra novela que le bullía en la cabeza, al calor de las recientes llamaradas del 9 de abril de 1948. Ese día proceloso, entre los incendios producidos por la revuelta popular, se quemaron los originales y las copias de *Las Estrellas son Negras*, que el joven Palacios, entonces de 24 años, tenía recién terminada. La reconstruyó en tres meses, se la entregó al editor Airó y retornó a Quibdó. Al cabo de seis meses, de vuelta en Bogotá, se encontró con que las *Estrellas* estaban ya en blanco y negro. Apenas faltaba la carátula. De pintarla y diseñarla se encargó Alipio Jaramillo, famoso dibujante de la época, hoy refundido en el archivo inescrutable de la desmemoria nacional.

Dentro de la tonta manía de las clasificaciones, a *Las Estrellas son Negras* han querido catalogarla de ‘novela testimonio’. La novela testimonio no existe como género.

Todas las novelas son testimonio de algo. Ni tampoco existen –sino como etiquetas– la novela histórica, la novela psicológica, la novela urbana, la novela política, la novela social, la novela negra (o policiaca), ni la novela de aventuras. La novela no tiene apellidos, o no debería tenerlos. Es un universo en el que todos los sucesos de la vida fluyen y discurren a través de las pasiones humanas y del escenario en que se desenvuelven. Si un novelista pretende que su novela gire sobre determinado tema, con seguridad terminará haciendo un tratado excelente al respecto (la política, la violencia, la historia, el problema de los indígenas o de las negritudes, el drama de los desplazados o el auge de la corrupción), pero jamás logrará escribir una novela.

Muchos creen, sobre todo los que no las han leído, que las dos publicadas de Arnoldo Palacios, son novelas de negros, o de negritudes, o que se ocupan nada más de la vida en el Chocó. El propio Arnoldo Palacios ha rechazado esa estrecha interpretación de su narrativa: “Porque lo fundamental es el hombre. Que se trate de paisaje, o que se trate de lo que se llame urbano: lo fundamental es el hombre, y donde esté el hombre ahí está lo esencial: Lo demás son, quizás, disquisiciones que tienen su valor, pero que no son lo esencial. Lo esencial es el hombre, y yo quise y he querido siempre hablar sobre el hombre, sus problemas, sus sueños, su vida íntima, su fuerza, su vigor, su esperanza, sus luchas, porque creo, también, que el escritor debe estar comprometido con todo lo que atañe a cuanto lo rodea, especialmente como hombre.”¹

Una novela como *La Selva y la Lluvia* mal podía, en la década de los cincuenta, encontrar editor en Colombia. Eran los días en que la violencia política desatada por un grupo de falangistas que se hicieron del poder, nos había llevado a la guerra civil, y la guerra civil al gobierno militar, del que se agarró el país para salvarse de la violencia como puede asirse de un espino alguien que está a punto de rodar por el abismo. En los Estados Unidos, y en el resto de Occidente, reinaban el macartismo y la cacería de brujas, mientras que la guerra fría enfrentaba los dos mundos surgidos de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). El comunista, liderado por la Unión Soviética, y el capitalista, representado por los Estados Unidos. En esas circunstancias ser prosoviético en un país de la órbita capitalista, era tan azaroso como ser procapitalista en un país de la órbita comunista. Occidente (Estados Unidos y sus aliados) criticaba con feroz ironía al Oriente (Unión Soviética y sus

¹ <http://revistaliterariaazularte.blogspot.com/2007/06/arnoldo-palacios-origen-de-un-escritor.html>

aliados) por su sistema opresor que había aplastado las libertades ciudadanas bajo el peso de la dictadura del proletariado, que no admitía la menor disidencia; pero en los Estados Unidos, campeón de la democracia y máximo defensor de las libertades civiles, se perseguía con saña a todo aquel que se atreviera a disentir de los dictados de Washington y se creó una tenebrosa comisión de actividades antiamericanas, ideada por el senador Joseph McCarthy, que desató la cacería de brujas contra los intelectuales y contra todo aquel que se atreviera a pensar por su cuenta, lo cual se consideraba una conspiración antiamericana. Esa cacería de brujas se hizo extensiva, como es natural, a las naciones de la órbita estadounidense. Incluso los escritores de pensamiento progresista e imparcial, eran sospechosos de proclividad hacia el comunismo y en consecuencia criminalizados por las autoridades defensoras de las libertades ciudadanas.

Arnoldo Palacios llegó a París a principios de 1950 y al poco tiempo se afilió por Colombia (de motu proprio, no por encargo oficial) en el Consejo Mundial por la Paz entre los pueblos, cuyo primer Congreso se había celebrado en Oslo en 1949. El Consejo, presidido por Jean Frédéric Joliot-Curie, estaba integrado por intelectuales progresistas, o de izquierda, y contaba con las simpatías de la Unión Soviética y las antipatías de los Estados Unidos. El segundo Congreso debería reunirse en Inglaterra, en el último trimestre de 1950. A la mayoría de los delegados, entre ellos Arnoldo Palacios, se les advirtió que la visa les sería negada. Por sugerencia de la dirección del Consejo Mundial por la Paz decidieron solicitarla de todos modos, con el objeto de dejar constancia de que el Reino Unido había negado las visas para los delegados al Segundo Congreso Mundial por la Paz.

De retorno en París, Palacios recibió otra buena noticia. El Gobierno colombiano le había cancelado la beca. De pronto el escritor chocono se encontró en la Ciudad Luz a solas con su poliomielitis y sin recursos. Sobrevivió como pudo, con la ayuda generosa de sus amigos, con trabajos esporádicos, y en esos años escribió *La Selva y la Lluvia*. Por supuesto no encontró eco en Colombia para publicarla, ni en ninguno de los países occidentales, no sólo por estar fichado como un peligroso agente del comunismo internacional, sino porque la novela en sí traía material peligrosamente inflamable.

Con la misma resolución que no lo dejó abatirse por el incendio de los originales de *Las Estrellas son Negras* en 1948, se echó bajo el brazo el manuscrito de *La Selva y la Lluvia* y se montó en un tren hacia Varsovia, en los últimos días de 1957, esperanzado en

que conseguiría en la Embajada soviética una visa para seguir a Moscú. Dos o tres días después de bajarse del tren en Varsovia, le dieron la cita con el Embajador soviético. Para sorpresa de Palacios, el alto diplomático le presentó excusas por no haberlo recibido antes, le agradeció sus deseos de visitar la Unión Soviética, y le extendió de inmediato la visa, con indicaciones precisas de a quién debería presentar sus originales en la *Editorial Progreso*, de Moscú, donde una editora le recibió el manuscrito y le prometió que en tres meses le daría una razón.

La Selva y la Lluvia se publicó en septiembre de 1958. En aquella época Colombia no tenía relaciones con la Unión Soviética (rotas el 12 de abril de 1948 a raíz de los sucesos del 9), pero muchos de los títulos de *Editorial Progreso* los vendía en Bogotá la *Librería Mundial*, de Jorge Enrique Gaitán. Sin embargo no parece que se hubiesen recibido en Bogotá ejemplares de la nueva novela de Arnoldo Palacios. Desde entonces hasta hoy no es posible conseguirla. No fue reseñada por la prensa y pasó inadvertida para los lectores colombianos. En Europa fue devorada por el público lector de español y se le hicieron varias reimpressiones. En mayo de 1959, Palacios le obsequió en Varsovia un ejemplar autografiado al escritor Germán Arciniegas, su compatriota. Si este famoso intelectual no hubiese donado en 1985 su biblioteca personal a la Biblioteca Nacional de Colombia, tampoco sería posible hoy localizar en ella un ejemplar de *La Selva y La Lluvia*²...

Sería una torpeza tratar de establecer comparaciones entre las dos novelas de Arnoldo Palacios. Así se muevan en escenarios similares, trajinen con personajes parecidos, paisajes iguales y protagonistas semejantes, son por completo distintas la una de la otra, y en lo único que podemos asimilarlas es en que ambas constituyen obras maestras. La revista *Semana*, en la importante selección que hizo en 1999 de los *Cien Libros Colombianos del Siglo XX*, entre las veinte mejores novelas incluyó *Las Estrellas son Negras*. Es obvio que los expertos que hicieron la selección desconocían *La Selva y la Lluvia*. De otro modo la hubiesen escogido también. *La Selva y la Lluvia* es en todo y por todo superior, por ejemplo, al bodrio gramatical y narrativo de Lorenzo Marroquín y José

² Biblioteca Nacional de Colombia. Fondo Germán y Gabriela Arciniegas, No. 453

María Rivas Groot, *Pax*. En el mismo defecto de la selección de *Semana* incurre la de *Cien Novelas Colombianas del Siglo XX* efectuada por la revista *Credencial Historia* (2007).

Para hablar de *La Selva y la Lluvia*, no tomaré en ningún momento como referencia *Las Estrellas son Negras*. Cada una de las novelas de Arnoldo Palacios exige un análisis por separado y específico.

Leyendo *La Selva y la Lluvia* me han venido a menudo analogías insospechadas con León Tolstoi. Insospechadas y explicables. No es que exista parecido visible entre el gran novelista ruso y el gran novelista colombiano. León Tolstoi era rico, no tenía poliomielitis y escribía en la tranquilidad beatífica de YásnaiaPoliana. Arnoldo Palacios no es rico, tiene poliomielitis y escribe en la intranquilidad de donde se encuentre. No obstante, advierto en ellos dos puntos sutiles de contacto. El primero, la destreza narrativa, que les permite atrapar al lector desde la primera línea y mantenerlo sumergido en el relato hasta el final. El segundo, la preocupación por el ser humano, el hombre y la mujer, que son siempre la sustancia primordial de sus novelas. En Tolstoi no respiran mujiks, ni aristócratas, sino personas que, mujiks o aristócratas, están identificadas por el sufrimiento, o por la felicidad, agobiadas por las preocupaciones, animadas por las pasiones o abrumadas por la desilusión. En Palacios no hay negros, ni blancos, sino personas que, negras o blancas, sufren y luchan por vencer un medio adverso, y aman, y se retuercen en grandes pasiones o se ahogan en pequeños conflictos. Tanto Tolstoi como Palacios le dan enorme importancia al ambiente que rodea a sus personajes. Los paisajes, los ríos caudalosos, las ciudades sórdidas, el dinero.

Las cosas más complejas se descifran mediante mecanismos muy simples. La destreza narrativa es uno de esos mecanismos que, simplemente, va conduciendo al lector por senderos intrincados, y haciéndole entender cómo transcurren los sucesos de la vida. *La Selva y la Lluvia*, con el poder descriptivo del autor, recorre desde los días de la República Liberal (1930-1946) hasta los meses que siguen al 9 de abril de 1948. Palacios no necesita abundar en detalles. Con pocas pinceladas, y un uso adecuado de los vocablos, muestra las situaciones internas y externas y desnuda el alma de sus personajes. Vino a Bogotá en 1942, a los dieciocho años, y describe la capital y a sus habitantes, los de los barrios pobres y los de los barrios ricos, como si hubiera vivido aquí durante siglos. Pinta el ambiente bogotano de los meses inmediatamente anteriores a abril del 48 con la fidelidad

de una película documental que recoge detalles y aspectos que el ojo común no capta, y sin los cuales es imposible entender qué sucedía en esos momentos y por qué la ciudad transitaba un camino fatal hacia la tragedia inmensa. Los brotes de violencia, de la incipiente guerra santa contra “el basilisco liberal-comunista” desatada desde los púlpitos por los curas falangistas, golpeaban zonas del país remotas de la capital. En Bogotá no se sentía el drama sino por los titulares de la prensa liberal o por los discursos de Gaitán en demanda de garantías. Todos estaban pendientes del magno suceso que constituirá la IX Conferencia Panamericana, y se festeja la llegada de las delegaciones y la inauguración de las obras públicas fastuosas que se han emprendido para adecuar la Atenas suramericana al honor insigne que se le ha concedido. Si la situación política entre liberales y conservadores es de máxima tensión, nadie sospecha lo que habrá de ocurrir ocho días después de inaugurada la Conferencia. Arnoldo Palacios, en *La Selva y la Lluvia*, lleva la secuencia con una naturalidad pasmosa. En el café están reunidos los contertulios de siempre, a quienes les sirve tinto y con quienes comparte la charla, Aminta, la llanera indómita que ha dejado su tierra para venir a Bogotá en busca de perspectivas mejores. Se comenta lo de siempre, se habla de la persecución cada día más acentuada del gobierno contra los liberales, como veinte años atrás se hablaba de la persecución del gobierno liberal contra los conservadores; se comenta la huelga de los tranviarios y las medidas que el gobierno anuncia para mantener el orden y proteger los intereses de los ricos. De pronto se oyen gritos extraños en la calle, voces angustiadas. Los del café se asoman a ver que ocurre. “¡Mataron a Gaitán!”. Sin que nadie los incite, todos corren a buscar un arma, movidos por un impulso interior incontrolable. Palacios concentra el horror de ese día en tres escenas estremecedoras. En la primera, la caída de Aminta, que ha empuñado un fusil para unirse a los amotinados.

“Las balas silbaban, cual un gemido extraño en el viento. A diez metros, en la mitad de la calle yacía un hombre, doblado, incómodo como un borracho dormido. Fue la primera vez que Aminta vio a un hombre muerto, así, en la calle. Protegidos por pequeños surcos de arena y los escasos matorrales de la esquina del Parque de la Independencia, abrieron fuego también. Al comienzo Luis Aníbal casi disparaba a ciegas; decían en el Chocó que el olor de la pólvora daba ánimo. Estaban en una encrucijada: al lado se encontraba el ministerio de guerra, con fuerzas armadas hasta los dientes; en la cima, a la espalda, una división de la

policía nacional; no se sabía con quién esta división estaba. Pareció llegar un instante de calma. Atravesaron la carrera trece. Avanzaron rápido para penetrar por la primera puerta abierta. Tuvieron que echarse a tierra; del fondo de la calle veintiséis con la Avenida Caracas las balas soplaban como una cuchilla afilada. Los tranvías se habían quedado anclados en medio de la calle mortecina y con la lluvia recia de ahora parecían casitas de una aldea abandonadas. El estudiante de medicina sintió un golpe áspero, misterioso, en su cráneo; quiso incorporarse pero nadie supo si se incorporó o no; quiso decir algo, pero ni él mismo supo si la palabra se articuló en su boca. Contra la pared chisporroteaba el plomo y los vidrios de las ventanas se desplomaban cual la inmensa vajilla que se le zafó de la mano al ladrón en la noche. El grupo avanzó a la orden de nuestro agente. Todo sucedía tan violentamente rápido y difícil, que a nadie se le ocurría perder un segundo para mirar atrás. La sangre del estudiante corría a raudales sobre la acera, vaciándose en la cuneta de la calle, donde la lavaba la lluvia. Ahora veían a los soldados que disparaban; los insurrectos comenzaron a disparar también al objetivo. Aminta no podía comprender cómo en un momento hubiese ya tanto muerto en la calle. Luis Aníbal ya no pensaba sino en accionar su fusil. Quizá otros ya se habrían apoderado de Palacio. A unos metros de la Radio Nacional garrotes, piedras, tinteros, balas; los estudiantes defendían su fortaleza al máximo de la medida de sus fuerzas. Hasta ahora había existido en el país un cierto respeto hacia las mujeres. Frente a las madres, la mano que golpea se había detenido aun cuando un instante, reflexiva. Aminta se arrojó exponiendo su pecho delante del pelotón de soldados que iba a hacer la descarga, a mansalva, contra un grupo, estudiantes la mayoría. A la entrada dormían ya algunos cuerpos exangües, empapados de lluvia y de lágrimas. Aminta no supo que más ocurrió. De espaldas, el busto sano, erguido, apoyado en el codo izquierdo, como quien va a levantarse, quedó”.

En la segunda escena, la salida de la madre de Julio Matiz, un mecánico latonero de la empresa de buses, que promueve el apoyo de los choferes de bus a la huelga de los tranviarios.

“De rodillas la madre de Matiz le rogaba a los santos que le trajeran rápido a su hijo. Y de súbito, como si le hubiese fallado la confianza en Dios, irguióse para salir a buscarlo. ‘Ah, cuando te encuentre te daré una muenda como cuando estabas mocososo! Sí, señor, en el primer tumulto, seguro, allí estará el Matiz... ¡Dios mío!.

“--¡Que no se me vayan a mover de aquí!—recomendó a los niños, mostrándoles abierta la palma de la mano.

“Su pañolón negro, alrededor de la cabeza y los hombros, se aventó a la calle. Se dijera que existía calma, pero las casas cerradas, así, mudas con portones, ventanas y todo, ahuyentaban el sosiego. Iba casi corriendo, mas en su mente comenzó a repicar el tiroteo distante y cercano. Miró atrás, hacia la casa, pero no distinguió a esos individuos metiéndole el hombro al portón. La madre se dio cuenta de que aquellos silbidos eran balas y le pareció oír la voz de su marido a propósito de la guerra civil: ‘...echarse a tierra’. La madre atravesó, pues, la carrera octava, con la firme intención de ganar la calle novena o décima, para descender a la Plaza de Bolívar. ‘¡Allí está él!... ¡Mi hijo!’.”

La tercera escena, y la más dolorosa, se compone de la muerte de la madre de Matiz y de la de los dos niños huérfanos, hijos del pote Rodríguez, a quienes Julio Matiz y su madre acogieron en su casa. Los sujetos que alcanzó a ver ella, mientras corría hacia la Plaza de Bolívar a su cita con la Parca, eran detectives que iban con orden de capturar a Julio Matiz. Furiosa por el alboroto que han formado los detectives, la señora Blanquita, dueña de la casa, expulsa a los dos niños.

“--¡Se me van de aquí, chivatos horribles!—gritó a los niños la señora Blanquita, persiguiéndolos.

“Los dos niños, asidos de la mano, se le enfrentaron a Bogotá. ¿A dónde? Su ‘mamá’, como llamaban los niños a la señora de Matiz, debería estar en la tienda de la carrera novena, a la cual solía llevarlos muy a menudo, cuando iba a comprar. En un abrir y cerrar de ojos la lluvia les remojó la ropita. A pesar de ignorar la causa de esa soledad sórdida, de no comprender la razón de esos estallidos, los sobrecogió el miedo. Sin soltarse continuaban descendiendo. En la esquina de la carrera séptima paráronse un momento:

“--¡Cuidado!—les gritó una voz. Tarde:

“El más pequeño cayó, casi sin gemir. El mayor rompió a llorar, inclinado sobre el cadáver de su hermano, yacente, el cráneo destapado, el rostro borrado por el torrente de sangre, al claror. El niño pensó atravesar la calle para refugiarse en la Iglesia de Santa Bárbara. No sospechaba que la torre estaba vomitando plomo.

“--¡Cuidado!—repitió la voz.

“El niño reculó. La voz le gritó:

“--¡Acuéstate!... ¡Espérame allí sin moverte!

“El niño alcanzó a ver a un hombre apostado en la esquina, disparando contra la torre. También cayó; pataleaba entre un charco de lluvia-sangre y gritería. El hombre desafiando la muerte se levantó, se acercó, alzando en sus brazos a la víctima. El fusil le estorbaba. ¿Arrojarlo? No. Harto le había costado arrancárselo al soldado, a la puerta de Palacio. Luego, apañó al ya muerto. El hermano aún resollaba. ¿Cómo hacer con ese fusil tan pesado más las dos criaturas? ‘Pues bien, mi fusil no lo dejo’. Dirigióse al Hospital de San Juan de Dios, a cuya puerta sorprendió a un anciano:

“--¡Demen un fusil!... Sí, tan joven me mataron a m’hijo!... ¡Acaba de irse, m’hijo! ¡Demen un fusil!...

“La madre de Matiz iba atravesando la carrera séptima, pero no alcanzó a poner la otra pierna sobre el andén del Capitolio: de espaldas se dobló. Envuelta en el pañolón enlutado, su cabeza quedó reclinada sobre el asfalto mojado”.

Hay lluvia en la selva y hay lluvia en la ciudad. Aquí y allá el dolor y el sufrimiento, y los pocos momentos felices, que son un paréntesis en la refriega, marcan las vidas de los habitantes. En el curso de *La Selva y la Lluvia* ventea un aire poético sostenido, y corre un humorcito soterrado, que suavizan la amargura del relato. Los personajes de la novela de Arnoldo Palacios, que hablan con sus propias voces, forman un mundo particular, como los grandes novelistas pueden crearlo, y se hacen entrañables para el lector. Tanto, que al concluir el párrafo final están dispuestos, ella o él, a irse detrás de Baltasar, el Caimacán, en busca de la ruta del murmullo del agua.